

PIEDRA DE TOQUE CASTRO DE SAN CIBRAO DE LAS

En los museos arqueológicos se conservan y se exponen objetos que, en ocasiones, con el paso de los años, acaban con una nueva valoración en cuanto a funcionalidad o significación. Y esta relectura, este avance interpretativo, se produce por la revisión permanente de las colecciones que atesoran, a la luz de los trabajos de investigación y publicaciones más recientes, que recogen tanto nuevos hallazgos semejantes, como innovadoras explicaciones fruto de los avances proporcionados por las nuevas tecnologías y analíticas que en el momento del hallazgo no existían. De ahí, la importancia de la correcta organización y documentación de los materiales y sus contextos en las colecciones, así como de la puesta al día permanente de los que trabajamos en museos sobre las novedades bibliográficas en relación con las disciplinas propias.

Este es el caso de la presente pieza, que estuvo expuesta durante años en el museo arqueológico ourensano, identificada bajo la denominación amplia y general de “colgante”, de la que se sospechaba una función como colgante-amuleto. La relectura actual nos conduce a interpretarla como una piedra de toque, un utensilio indispensable en la determinación de la pureza y consecuente valoración del oro y la plata, nativas o elaboradas, por parte de los orfebres y comerciantes de metales en toda época.

Su uso era bien simple: frotar una esquina del material metálico contra la piedra -por lo que se escogían piedras oscuras de grano muy fino y denso, tanto para erosionar poco el metal como para tener un contraste de coloración claro- y compararlo con otras marcas que dejaría un metal de ley o composición conocida. Estas piedras, normalmente planas y de pequeño tamaño, serían constantemente usadas y reutilizadas por los orfebres, por lo que suelen presentar orificios para transportarlas como colgantes, quizás también como signo externo de la ocupación de quien lo llevaba.

Por sencillo, y por tratarse de un procedimiento de análisis visual, rápido y no destructivo, el método del toque es bien antiguo y está presente en todas las culturas clásicas, manteniéndose en la actualidad, perfeccionado

mediante el uso de reactivos químicos sobre las marcas y estándares de referencia. Las menciones más antiguas en occidente son del poeta griego Theognis de Megara, en el siglo VI a. C., quien hace alusiones simbólicas a las piedras de toque, con un sentido que se mantiene en el aspecto metafórico actual para aludir a algo que permita comprobar el valor real de alguna cosa inmaterial de la que se duda o manifestar la verdadera importancia de algo o alguien.

En el siglo IV a. C., el botánico y difusor científico griego Teophrastos las menciona en su tratado “*Περὶ λίθων*” - *De lapidibus*, en latín-, y Plinio el Viejo, en el siglo I d. C. le dedica en su *Naturalis historia*, en el libro XXXIII, *Tratado de los metales*, el capítulo 43 a la *Piedra de toque del oro*. También en las antiguas culturas de la India y de Egipto aparece bien documentado su uso.

Como tema muy sensible por sus connotaciones económicas, la descripción del uso de las piedras de toque se explica con detalle en varios de los manuales europeos sobre mineralogía y metalurgia del siglo XVI, como *De re metallica* (1556) del alemán Georg Bauer, más conocido por la versión latina de su nombre, Georgius Agricola, considerado el fundador de la mineralogía moderna. En España, destaca el *Quilatador de la plata, oro y piedras* (1572) de Juan de Arfe, de la conocida familia de plateros leoneses.

Arfe define con suma simplicidad la piedra de toque diciendo “Es una piedra negra”. Efectivamente, la composición no tiene en sí importancia; solo que sea piedra de grado fino y oscura. Se trataba de minimizar el oro perdido en la marca, y establecer el máximo contraste cromático sobre ese fondo neutro.

En el mundo de la arqueología contemporánea, los estudios del checo Martin Ježek, especialmente desde la publicación en inglés de su monografía *Archaeology of touchstones* (2017), son claves en la apertura de esas nuevas interpretaciones y la identificación como piedras de toque de muchas de las que figuran en los museos europeos como piedras de afilar -cientos de miles, señala-, especialmente de aquellas aparecidas en contextos funerarios. Sus estudios, que van desde la prehistoria al mundo medieval, son muy precisos en cuanto a la utilización de técnicas de microanálisis químicos sobre los restos de las trazas metálicas en las piedras de toque, algo que, obviamente, excede en una nota como la presente. Simplemente señalaremos que la

especialista en arqueometalurgia y oros, la profesora Alicia Perea, propone, en el año 2018 en un artículo en el que da a conocer el trabajo de Ježek (Recensión en *Trabajos de Prehistoria*, 75, pág. 382-383), reservar el nombre de “piedras de toque” exclusivamente para las destinadas al ensaye de oro y plata, dejando para todas las demás (cobre, estaño, plomo, mercurio...) el nombre genérico de “piedras para ensayar metales”.

En nuestro contexto, las publicaciones del arqueólogo asturiano especialista en castreño y orfebrería, Ángel Villa Valdés, sobre los materiales del castro de Chao Samartín en Grandas de Salime (Asturias), pero especialmente el *Catálogo* del museo del yacimiento (2009) nos pusieron en la pista interpretativa de la pieza que hoy presentamos, procedente del Castro de San Cibrao de Las.

La información de que disponíamos en aquel momento, junto con las fotografías correspondientes, fueron enviadas al profesor Villa Valdés, quien incluyó la presente pieza en su artículo “Piedras de toque en castros de Galicia y Asturias”, publicado en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 4, 2020, pág. 191-200. En este completo estudio se recoge información sobre once piedras de toque correspondientes a territorio gallego (Borneiro -2 piezas-, Elviña, Castromaior en Portomarín, Monte del Castro de Ribadumia y San Cibrao de Las) y asturiano (Chao Samartín -2 piezas-, Mohías, Llagú y Moriyón).

Revisando la documentación que guarda el museo sobre San Cibrao de Las, sabemos hoy que la pieza fue hallada en la campaña de excavación del año 1992, dirigida por el arqueólogo Celso Rodríguez Cao. La sigla de registro (LAS.8.25. B.16) nos indica su situación en la zona de edificaciones que se encuentran a la izquierda de la puerta oeste de la segunda muralla, constando que apareció en el nivel I, de tierra marrón oscura, y pegada al lado del muro de la construcción más al sur.

Reproducimos la descripción de la pieza que hace Villa Valdés en su artículo: “Presenta un volumen paralelepípedo y perímetro subrectangular en sus dos principales facetas. Éstas son delimitadas por tres marcados y gruesos cantos de superficie convexa y ligera curvatura en el lado corto. El rayado es denso en todas las superficies incluidas sus caras, distal y laterales. La longitud total es de 44 mm, con una anchura de 24 mm y un grosor

máximo de 13 mm. En el talón, corto y grueso, se advierte el rebaje bifacial, aunque desigual, con perforación única para el engarce del grillete metálico”.

El autor deduce el sistema de engarce por los rebajes en la zona de la perforación y por analogía con la piedra de toque del Monte do Castro o Castro de Besomaño en Ribadumia, única de las referidas que conserva el remate metálico de suspensión.

Fue elaborada mediante pulimento a partir de una pizarra negra, densa y de grano fino, una roca de tipo metamórfico y origen sedimentaria cuyo origen es difícil de determinar, y que es similar a las pizarras de tipo Luarca en Asturias o las conocidas como pizarras negras de Nogueira, en O Irixo (Ourense)*.

Curiosamente, ni en las excavaciones antiguas ni en las recientes del Castro de San Cibrao de Las apareció de momento ningún resto áureo o argénteo, ni molde que nos lleve a certificar una actividad de orfebrería estable u ocasional en el yacimiento.

La datación de la pieza, conforme al lugar de aparición y a los paralelos, debería estar entre los siglos I a. C y I d. C.

Entre los numerosos fondos arqueológicos almacenados, identificamos recientemente un fragmento de cuarcita procedente de Castromao, de las excavaciones llevadas a cabo por García Rollán en 1966, que presenta similares características y también un intenso rayado en todas sus caras, del que deducimos que pudo haber sido utilizada también como piedra de toque. Por ello, finalizamos como empezamos, señalando la necesidad de continuar con el trabajo cotidiano de revisión permanente de los fondos y de investigación sobre los materiales propios, una de las funciones que distingue a los museos de los meros espacios expositivos.

*Agradecemos la información sobre el material de la pieza al profesor de Geología de la Universidad de Vigo, J. R. Seara Valero.

